

# ***DISCURSOS***

## REENCUENTRO DESDE LA OTRA ORILLA: UTOPIA EUROPEA, UTOPIA INDIANA Y UTOPIA DEL PACIFICO

Por J. M. GÓMEZ-TABANERA\*

*Excelentísimos señores, queridos académicos, estimados colegas  
y distinguidos oyentes:*

Constituye para mí un auténtico honor y privilegio el haber sido invitado por mi admirado colega y amigo don Guillermo Morón para hablaros hoy y en esta docta casa, en ocasión de la conmemoración de un fasto glorioso centrado en la personalidad del venezolano José Gil Fortoul. En manera alguna quiero hacer protestas de humildad ante esta invitación que realmente me ha conmovido y emocionado, pero también envanecido. Más bien quiero con mi disertación y en lo posible hacerme digno de vuestra confianza.

No tengo como la mayoría de vosotros un conocimiento pormenorizado de la historia heroica de vuestra República, aunque reconozco que sé algo de la América española que precedió a la proclamación de la misma. En otras palabras: mi conocimiento es bastante escaso a partir del fin de lo que en Europa llamamos *Ancient Regime*, en los albores del siglo XVIII, y en el que, si profundicé algo lo fue por la llamada irresistible de los pioneros de vuestra independencia, como el inmortal Miranda que murió en triste prisión en Cádiz; como Simón Bolívar y su entorno o Páez, pero también de los más acérrimos adversarios ante el hecho de la independencia de Nueva Granada, llegados de la Madre Patria, que entonces asumía quizás comportamiento de madrastra... Así, Cagigal, Monteverde, Boves y sus llaneros... y, finalmente, Morillo, al que la Corona española ennobleció con la titulación de Conde de Cartagena, título con el que precisamente se da nombre a una fundación de nuestra Real Academia de Historia.

Como sabéis bien el título de esta disertación mía es a la vez preciso y vago: *Reencuentro desde la otra orilla: utopía europea, utopía indiana y utopía del Pacífico*. Digo esto porque aunque con mi presencia aquí y mis palabras, quiero

---

\* Profesor Honorario de la Universidad de Oviedo. Miembro Correspondiente de las Reales Academias de Historia y Bellas Artes (Madrid) y de la Academia Nacional de Historia de Lisboa.

dar rigor a nuestro encuentro, en manera alguna, cabe asignarla al concepto de *utopía* que tan ingente bibliografía ha venido reuniendo, no sólo desde que el hombre intentó saber o especular en torno al *Génesis*, es decir, al Libro I de las Sagradas Escrituras, cuando nos habla del paisaje utópico del Paraíso Terrenal o Edén, sino también cuando ya en la historiografía griega, vemos cómo distintos autores evocan paisajes imaginarios para ubicar sus respectivas utopías. Ahí está el caso más señero, el de Platón, cuando en uno de sus más conocidos *Diálogos* nos habla de la ínsula inaferrable y perdida de los atlantes, la *Atlántida*, que sitúa en el Océano que por el Occidente baña Europa y que hoy conocemos como Atlántico, en recuerdo de la presunta isla que milenios atrás se encontraba en el mismo alcanzando un grado de civilización nunca superado por otros mortales, hasta que un cataclismo terminase con ella. Isla que durante siglos, haya existido o no, habrá de convertirse en una idea fija para todo el pensamiento occidental, hasta el punto de que tras el descubrimiento de un Nuevo Mundo, que Colón, llamaría Indias Occidentales, considerándole prolongación de las Indias Orientales hubieran de pasar algunos años hasta que el piloto y cosmógrafo florentino Américo Vespucci (1454-1512) demostrase que en realidad se trataba de otro mundo ignoto oficialmente por la Europa que irrumpía en el siglo XVI. Mundo, que consciente de la realidad ya totalmente demostrada de la esfericidad del planeta se resolvió denominar América, quizá en detrimento de Colón. Todo ello, independientemente del reparto que de todo este Nuevo Mundo se habían hecho los Reinos de Castilla y Portugal, reparto que incluía asimismo las soñadas islas de La Especiería a las que navegando en dirección inversa a Colón, pudo llegar el portugués Vasco de Gama circunnavegando en parte al Continente Negro surcando el Océano Indico y llegando a las islas de La Especiería o del Gran Maluco, hoy Indonesia y Filipinas.

Ello no impediría, no obstante, el que treinta años después, Vasco Núñez de Balboa descubriese el Mar del Sur, ampliando aún más el conocimiento del orbe. Mar del Sur que hoy conocemos como Océano Pacífico y que muy pronto surcaría el portugués Fernando de Magallanes al servicio de España, intentando a su vez llegar a las Islas del Maluco, cuando aún se ignoraba si éstas, de acuerdo con el Tratado de Tordesillas, firmado ante el Papa —único poder que por entonces en la Tierra podía hacer laudos sobre tal extremo de la misma forma que hoy intentahacernos la ONU— entraban dentro del ámbito asignado a los Reinos de Portugal y de Castilla. Fabulosa epopeya náutica, la de Magallanes y que acabaría costándole la vida aunque terminase el viaje en circunstancias conocidas por todo el mundo, en 1522 por el vascongado Juan Sebastián Elcano al regresar a España circunnavegándose así por vez primera el globo. Este mismo año se cumplían ya los treinta desde el descubrimiento en 1492 del Nuevo Mundo, descubrimiento que para bien o para mal, aunque posiblemente no con la conciencia muy tranquila de muchos de los oficiantes de tal celebración, se conmemorará de forma desmesurada en Sevilla y en diversos lugares de América.

Ese mismo 1522 permite por otra parte que a partir de entonces, se cuente con la circunvalación del globo que volverá a hacerse años después en circunstancias memorables e incluso heroicas por marinos de la talla de un Francis Drake o de un James Cook en los siglos XVI y XVIII respectivamente. Ello incrementó en

una mayor medida los conocimientos del europeo un tanto oculto, que vio cómo se ampliaban las dimensiones del mundo conocido, con la colonización y exploración de las Américas y de todos los islarios del Mar del Sur u Océano Pacífico, dando alas a la naciente especulación antropológica, pero también a la que podríamos llamar *elaboración utópica*, dado que el ignoto universo que presentaba el Mar del Sur/Pacífico, dejaba suponer que muy bien podía albergar esa *Terra Australis incognita*, de la que se venían haciendo lengua los cosmógrafos. De ser así se encontraría ante un universo que triplicaba la dimensión del mundo conocido, y en el que muy bien podían contenerse innumerables “ínsulas”, a la vez que “naciones”, cuyas formas de gobierno muy bien podían servir de paradigma o ejemplario a una Europa occidental a la que el Renacimiento venía tornando un tanto escéptica a la hora de utilizar formas de gobierno fundadas en una sociedad organizada de forma tripartita —tres estamentos diferentes— y que quizá habían quedado obsoletas tras la Reforma, por lo que urgía plantearse la adopción de otras formas políticas que satisficieran a un mayor número de gentes/súbditos, sea cual fuere su condición o clase. En cierto modo se planteaba para muchos un dilema similar al que nuestro mundo de hoy, que dividido sustancialmente en tres o cuatro bloques, ha conocido con el golpe de timón de la Unión Soviética, tras su desmoronamiento ideológico y la pretensión de sus habitantes y allegados a incorporarse a la llamada “civilización del consumo”, que, por otra parte, dudamos satisfaga plenamente a los utopistas.

### *La lección del Nuevo Mundo*

Es indudable que el Renacimiento con las inquietudes despertadas en el campo de las Humanidades, propició la emergencia de una *antropología prospectiva*, a partir del descubrimiento colombino. Los primeros síntomas de tal inquietud se configurarían ya, con la publicación en 1516, casi al cumplirse los veinticuatro años del fasto y en Lovaina, del libro *Utopía* del humanista inglés Thomas More y en el que en cierto modo parece reanudarse el discurso clásico que allá en el siglo v a. de C. inició Hipodamus con su trazado de una *ciudad ideal*, preocupación que a su vez habrá de asumir Platón en alguno de sus *Diálogos* y, ya a la vera del Cristianismo, distintos Padres de la Iglesia, empezando por San Agustín, con su *Ciudad de Dios*, donde se pretende sentar las bases de una Filosofía de la Historia llamada a perpetuarse y renovarse durante siglos, tras diversos avatares que van desde un joaquínismo milenarista hasta 1789 con la Revolución francesa o 1919 con la Revolución rusa, que hoy parece clausurarse con la *perestroika*.

En el terreno de la Filosofía de la Historia habrá de manifestarse la investigación hermana de Antropología y pensamiento utópico, tal como se presenta el paulatino conocimiento del Nuevo Mundo, pero también del Océano Pacífico, y que tras dispares lucubraciones y experimentos de que será objeto durante todo el siglo xvi la reflexión moreana, posibilita otra elaboración a la que habré de referirme, la *Nova Atlantis* de Sir Francis Bacon (1561-1626), cuyo autor en cierto modo quiere situar si no en el Nuevo Mundo/América, en el Pacífico aún objeto de reconocimiento y exploración.

Henos así ante una serie de derivaciones en las que quizá nadie había pensado, pero que habrá de sopesar el investigador a partir de aquel 12 de octubre de 1492 en que Cristóbal Colón (1451-1506) llegó ante unas costas ignotas al otro lado del Atlántico y que creyó, sino los mismos confines orientales del fabuloso Cathay que conoció el veneciano Marco Polo, perteneciente al también fabuloso Zipanghu. ¿Por qué no? Sobre Cathay y Zipanghu habían escrito diversos viajeros por el Oriente, incluso algunos sin quizá llegar a visitarle, como el mismo John de Mandeville, en cuyo *Libro de las Maravillas* se daba por sentado la esfericidad de la Tierra —rechazando la forma de plato, e incluso de arca o cofre, admitida por diversos cosmógrafos y tratadistas de la Antigüedad y del Medioevo—, haciendo así posible su circunvalación ya por tierra, ya por mar... De admitir tal, es lógico que Colón determinase llegar a las Indias navegando por el Atlántico, proa al Occidente (es decir, siguiendo al Sol poniente) y no hacia Oriente, costeano Africa (en busca del Sol naciente) como venían haciendo las naos lusitanas. Nada más fácil, pero el caso era que había que creer en todo esto y ahí estaba el *quid*, para poder demostrarlo. A Colón quizá le avalaban las opiniones de varones tan doctos como Eneas Silvio Piccolomini, futuro Pío II, o el cosmógrafo Paolo del Pozzo Toscanelli... Colón, sin embargo, alimentaba la idea de que navegando por el Atlántico, en cuyo confín diversos pueblos de la Antigüedad situaron el Elíseo, quizá podía arribar al bíblico paraíso, a la vez que al legendario Ophir, donde según tradiciones bíblicas habían navegado los fenicios bajo el patrocinio del Rey Salomón en busca de preseas y tesoros para la Casa del Señor, en construcción, es decir, el Templo de Jerusalén, ciudad santa cuya reconquista suponía una nueva Cruzada.

Tal fue muy posiblemente el Gran Sueño que alimentó Colón. Henos así ante una primera utopía ubicada en el Atlántico y que, mejor o peor madurada, alimentó el sueño de una vida, pues el caso es que a Colón jamás se le pasó por mientes el que había llegado a un Nuevo Mundo anunciado por las islas del Mar de las Antillas y que, sin más, el flamante almirante de la mar oceánica asimiló, sino a las auténticas Islas de la Especiería que describen Marco Polo y otros viajeros, entre las que se integraba Zipango (Japón) y frente a las costas de Cathay el reino del Gran Khan. Islas en las que desde un primer momento intentaría identificar las fantásticas poblaciones y bestiario descrito por diversos viajeros y cosmógrafos medievales.

El equívoco apenas se mantuvo un lustro tras nuevas singladuras. Sin embargo, Colón siguió aferrándose a sus fantasías, incluso cuando en el curso de un viaje final, llevando a cabo una navegación de cabotaje frente a las costas de las Guayanas y llegar frente a las costas del Orinoco, creyó encontrarse ante las mismas puertas del Paraíso, y así lo registró en un famoso boceto de carta realizado a mano alzada.

Sí. Navegaciones y exploraciones posteriores, tras la llegada a la que habría de llamarse Tierra Firme, terminarían por poner en evidencia la confusión de Colón. Pero ya Europa tenía conciencia de saber de un Nuevo Mundo a bautizar y del que había dado con sus escritos una visión del Nuevo Mundo mucho más fascinante que la pintada por Colón en las cartas *Mundus Novus* y *Quator navigationes*, configurando a la vez su primera imagen geográfica. Un mundo fascinante,

al parecer totalmente distinto a todo lo imaginado en Europa, poblado por gentes que vivían totalmente desnudas en un mundo “paradisiaco” y en estado de naturaleza, en el que la “civilización” era lo de menos y en el que era posible el amor libre, la propiedad común, una lubricidad sin límites y en el que la ingenuidad (falta de vergüenza) de sus habitantes lo aproximaba en cierto modo a la que conoció Adán antes de su caída. Nuevo Mundo en el que era posible la homosexualidad, pero también el canibalismo, sin las trabas impuestas por los poderes más o menos fácticos o instituidos.

Es natural que ante tales descripciones que completan las mismas de Colón y la del portugués Vaz de Caminha que ha tocado la tierra de Brasil y departido con sus naturales, toda Europa se sintiera morbosamente atraída, e incluso alucinada, tras difundirse, mediante la imprenta recién inventada, en pliegos de cordel al alcance de las gentes. Descripciones a las que seguirán las más elaboradas de Pedro Mártir, Hans Staden, e incluso de calvinistas como Jean De Lery, que terminaron por nutrir una particular historiografía que hoy tildaríamos de ecologista y que parece hacer apología de “la vida en Naturaleza”, esa misma vida que parecen haber elegido gentes que por distintas causas se han venido automarginando y llegan a nutrir el tema iconográfico del Salvaje caro a numerosos artistas del Renacimiento y que nutrirá una particular ideología en el otoño de la Edad Media como particular manifestación de anarquía o respuesta a determinados poderes fácticos, políticos y espirituales.

No es de extrañar que ante esta perspectiva en los inicios del siglo XVI, el mitologema del Buen Salvaje que vive en una Edad de Oro asuma ya decididamente el Nuevo Mundo como escenario, abandonando la Vieja Europa y desde éste, años después, gravite a los Mares del Sur.

### *De Atlantis a “Utopía”*

Alguien, luchando por encontrar referencias del Nuevo Mundo en el pasado, dio con una posible solución: indudablemente el Nuevo Mundo/América era, ni más ni menos, que Atlantis, la legendaria isla del relato platónico y que se suponía desde miles de años atrás engullida por el mar tras un enorme cataclismo. La idea encontró muy pronto defensores y detractores. Entre los primeros, cronistas y relatores tan conspicuos como Fernández de Oviedo, López de Gómara, Fray Bartolomé de las Casas, y posteriormente, en Inglaterra, Sir Francis Bacon que sitúa en la Atlántida las poblaciones de Coya (Perú) y Tyrambel (México) que tras afortunadas naumaquías conocieron la derrota, Tyrambel en el Mediterráneo frente a los atenienses y Coya en el mismo Mar del Sur Pacífico, frente a Altabán, soberano de Bensalem... Otros pensaron incluso como Colón: que el Nuevo Mundo era el Paraíso perdido y reencontrado. Idea ésta que daría amplio motivo de reflexión a numerosos humanistas y mentes privilegiadas como la del inglés Sir Thomas More (1478-1535), hoy elevado a los altares como Santo Tomás Moro, que imagina una parábola política a configurar en su libro *Utopía*, voz griega que podría traducirse como “lugar que no es un lugar”, y en el que dentro de una línea de erasmismo, se llevará a cabo una lúcida reflexión sobre la constitución de

un *Estado Ideal* y sobre las instituciones y costumbres de sus moradores, mientras apunta las posibles reformas que pueden introducirse en las naciones cristianas por el bien común. Escrito éste, que propugna el hallazgo de un mundo mejor que, por otra parte, es obvio que en el momento de ser descrito constituye un lugar que no es un lugar de parte alguna de la Ecúmene, en síntesis, una utopía.

Publicado en 1516, diez años después de la muerte de Colón, el libro de Moro da origen a un nuevo género literario que habrá de conocer numerosos adeptos en el curso de la Historia. Pronto empezó a ser conocido y divulgado entre distintos círculos humanistas y políticos desde las distintas Cortes europeas. Por entonces, ya el Nuevo Mundo/América empezaba a ser sometido y evangelizado, con toda la secuela de abusos y excesos que traen consigo empresas del género. Es obvio que muchos de los abusos que se dieron en este “encuentro entre dos mundos” —utilicemos eufemísticamente la expresión ya utópica acuñada para el evento del V Centenario— obstaculizaron gran parte de la labor misional. *Utopía* pudo, no obstante, dar soluciones a más de uno. Así, el mismo año de su publicación en Lovaina, Fray Bartolomé de las Casas (1484-1566), varón sevillano que había sentido la llamada de las Indias, y quien desde los dieciséis años se había establecido en las Antillas, tras ser tocado su corazón por la caridad contando veintinueve años decidía iniciar su larga batalla contra la institución de la encomienda, tras llegar a la conclusión de que “los indios no son hábiles para vivir entre sí” y solicitando del Rey que hiciera que pudieran convivir “en pueblos libres de todo repartimiento en encomienda, buscando de salvaguardar así la libertad natural del indio frente a la opresión y servidumbre impuesta por el colonizador”.

Ignoramos hasta qué punto pudo influir *Utopía* de Tomás Moro en la redacción del Memorial de Las Casas leído en el Consejo de Indias el 11 de diciembre de 1517. Quizá Las Casas no había tenido ocasión de leerlo, pero quizá sí. Lo más seguro era que el clérigo se hubiera inspirado en ideas humanitarias que ya había hecho suyas el mismo Moro y que encontrarían su expresión en *Utopía* cuando Rafael Hythlodeo —y que al parecer había navegado como Vespucci frente a las costas de Paria—, describe las relaciones sociales y los movimientos de población. “Cuando la población crece como para tener que emigrar, los utopienses lo remedian yéndose a otro continente —se explaya Hythlodeo— fundando una colonia bajo sus propias leyes e integrándose con la población indígena, si éstos acceden a vivir junto con ellos en ese territorio. Si consienten en tal vinculación, fácilmente llegan a fundirse en un mismo régimen de vida y costumbres, beneficiosos para ambos.”

Reflexión ésta que hoy en 1991 pensamos que jamás tuvieron en cuenta ni los sionistas creadores del Estado de Israel, ni los fanáticos de la OLP de Yasser Arafat a la hora de pensar en su difícil convivencia.

Algo más. Parece seguro también que otro faile “poblador”, Fray Reginaldo de Montesinos, que el 11 de diciembre de 1517 presentó a su vez al Consejo de Indias un memorial, en su calidad de “fraile procurador de los indios”, estuviese un tanto impuesto en las ideas desarrolladas en *Utopía* y que pretendió utilizar frente al régimen de encomiendas. Así, con objeto de colonizar islas pobladas de

las Antillas, ahora en posesión de Castilla, proponía que familias de labradores hispanos pasasen a las Indias y que se intentara su integración al mundo indígena sobre la base de una familia de inmigrantes por cada cinco de indios. Tal solución, a su juicio, evitaría las encomiendas de indios en manos de gentes desaprensivas y propiciaría, por lo contrario, un sistema de asociación de tipo familiar, en el que las familias de labradores castellanos, trasterradas a las Indias, podrían iniciar a la nativas en la vida cristiana.

El cuidado que pone Montesinos en fijar el número idóneo de familias agrícolas; la adecuación del régimen familiar de labradores cristianos con los indios y la existencia de una especie de *pater familias*, al frente del colectivo, nos hacen pensar en la “familia rural” de que habla Moro. Muy posiblemente, España conocía ya soluciones parecidas a la que hizo suya Moro, pero también Las Casas, y éste, con independencia de que hubiera tenido ocasión de leer *Utopía* antes de exponer su memorial ante el Consejo de Indias, seis años antes de que entrase en religión.

En Vasco de Quiroga, Oidor en la Segunda Audiencia de México, y con ocasión de las reformas a implantar a partir de 1531 en el flamante Virreinato, es donde quizá se aprecia mejor la huella de Moro. En realidad, Vasco de Quiroga se nos presenta como un *utopista* en ciernes, creador de hospitales-pueblos, que intentará adaptar al régimen natural y agrícola de *Utopía* en fundaciones que, según parece, siguieron vigentes en México hasta bien entrado el siglo XIX. Paralelamente, otro funcionario hispano, Juan de Solórzano Pereira, que entrevió en *Utopía* la “sociedad-modelo” intentaría a su vez aprovechar sus enseñanzas a la hora de aplicar justicia como Juez Visitador de las Minas, en el Perú de los primeros años del siglo XVII, antes de ser nombrado Fiscal del Consejo de Indias y del de Castilla.

### De “*Utopía*” a “*la Ciudad del Sol*”

Podría traerse aquí a colación, algún otro botón de muestra, pero basta con los presentados. Sin embargo, quizá sería interesante recordar aquí la obra de un epígono de Sir Thomas More, el fraile dominicano Tomás Campanella (1568-1639), un calabrés tan genial que llegó en pleno siglo XVII a creer en la existencia de otros mundos habitados en el sistema solar por hombres y autor entre otros escritos de una obra muy de tener en cuenta por aquellos que en pleno siglo XVI contemplan *Utopía* de Moro como un buen manual de enseñanzas a la hora de ejercer de político. Me refiero al libro *La Ciudad del Sol* en el que se presenta una ciudad ideal sobre cuyo régimen discuten diversas personas cuyo discurso a la larga constituye el tema del libro. Ciudad que a decir de Campanella es localizable en algún lugar —es decir, algo totalmente distinto de lo que ocurre con *Utopía*— y que en su caso es la isla de Ceilán, hoy Sri-Lanka, al sur del subcontinente indio. Isla ésta que algunos antiguos identificaron con la “Isla de los Bienaventurados” y distintos cosmógrafos sitúan al sur del Ecuador, aunque no falten quienes la imaginasen fuera de la Tierra, constituyendo una especie de



Anti-Tierra (Plinio El Viejo, *Historia Natural* VI, 24-22). Por otra parte, será aquí en el mismo Ceilán, donde Jambulos coloca la Ciudad del Sol (Diodoro Siculo, *Historias* II, 59, 7).

Indudablemente, Campanella, había leído a Moro. De aquí su libro *La Ciudad del Sol*, en el que al parecer se intenta “redondear” el esfuerzo moreano. Ignoramos si consiguió su propósito, lo que sí parece evidente es que tanto el libro de Tomás Moro como el de Tomás Campanella inspiraron trascendentalmente otra iniciativa colonizadora en el Nuevo Mundo, ésta ahora a cargo de la llamada Compañía de Jesús y tuvo como objeto el sometimiento y “civilización” de las poblaciones que habitaron el Paraguay oriental, mediante la creación/edificación de un complejo sistema de poblados y “reducciones”, donde los indios nómadas guaraníes fueron reducidos a la vida sedentaria y donde prosperó una civilización bastante particular en la que junto a un avanzado progreso material se sumaron particulares logros en los terrenos económico-social, religioso, e incluso militar, a perdurar durante siglos tras la configuración de un auténtico Estado regido por la Compañía de Jesús, que sólo conocería su ocaso y ruina a raíz de la expulsión de la Compañía de las Indias españolas por decisión de Carlos III.

Sobre el tema existe ingente bibliografía, no tanto quizá sobre la cuestión de cómo los jesuitas, inspirándose en Campanella intentaron hacer realidad sobre la Tierra un “Reino de Dios” tras la edificación de una sociedad comunista cristiana o cristiano-socialista como pudiera denominársela antes que “casa común”, expresión que parece haberse puesto de moda en los últimos tiempos. No cabe duda, sin embargo, que en el Nuevo Mundo y por el camino de la *Utopía/Ciudad del Sol* intentó crearse entonces un mundo mejor con unos siglos de anticipación a que volvieran a proyectarle en nuestro siglo los llamados “teólogos de la liberación”.

### *Rumbos oceánicos*

La exploración del Océano Pacífico iniciada por Magallanes (1519) y la travesía del mismo tras el descubrimiento del Estrecho que habría de llevar el nombre de su descubridor, lograda el 27 de noviembre de 1520, trajo consigo el descubrimiento de una nueva ruta hacia las islas llamadas Las Molucas, Malucas o del Maluco, ricas en especiería y cuya posesión habrían de disputarse Castilla y Portugal hasta la firma del llamado Tratado de Zaragoza. No obstante, la travesía del Pacífico trajo consigo la búsqueda de la hasta entonces inasequible *Terra Australis Incognita* que de acuerdo con la cosmografía clásica se suponía que se extendía desde el sur del Océano Indico y de las mismas Islas de la Especiería, hasta América del Sur, fundiéndose con las tierras australes que se avistaban al sur del Estrecho franqueado por Magallanes.

Durante más de medio siglo diversos nautas españoles, partiendo ya del litoral pacífico de México (Nueva España) o del Perú, hicieron lo indecible por el descubrimiento del inaferrable continente, a la vez que por afirmar el dominio español por todo el inmenso Pacífico y descubrir, de ser posible, el inaferrable continente austral, al que numerosas tradiciones y consejas situaban al sur de

Trapobana y las Molucas. Ya hemos dicho que Campanella situó su Ciudad del Sol en Trapobana (Ceilán), ínsula a la que ya habían tocado los portugueses que por su parte, a la vez que los castellanos, no desesperaban en toparse con otro país legendario, Ophir, al que según viejas tradiciones navegaron por el Indico las naves de los fenicios armadas por el Rey Salomón para llenar de tesoros el Templo del Jerusalén. Una idea que obsesionó por entonces a muchos, junto a la que sustentaba que al sur de las Molucas se extendía un continente riquísimo y ubérrimo, quizá aún no hollado por europeo alguno y en el que sino Ophir, podía encontrarse el Paraíso perdido. Henos así ante la traslación gravitatoria de un ideario parejo al que sustentó Colón lustros atrás al enfrentarse al Nuevo Mundo. Ideario que ahora tendrá por marco el Mar del Sur y que pretende hacer suyo nuevos horizontes oceánicos, ahora en el Pacífico, desde las costas del Perú, desde las que quizá navegaron a lejanas islas y en primitivas balsas arriesgados nautas andinos, hasta los mismos artífices de la hoy conocida como civilización polinésica, exacerbando la leyenda de los siglos que se complica en nuestros días al querer ver en las poblaciones polinesias un origen amerindio y en éstas —me refiero particularmente a las de la vertiente andina— un origen pacífico, ignorando otras posibles arribadas traspacíficas a la América nuclear quizá desde el Oriente asiático y sin afinar las viejas tesis del P. J. Acosta que en el siglo xvii suponía a los antecesores de los amerindios pobladores de la América precolombina llegando al Nuevo Mundo desde los confines nordestes de Asia (Siberia) tras franquear el Estrecho de Anian, hoy Berhing.

En el curso del siglo xvi se sucedieron numerosas expediciones que culminarían en el Pacífico norte con la de Miguel López de Legazpi/Urdaneta (1564-1565), que trajo consigo el descubrimiento de la posibilidad de navegar de Asia hasta América siguiendo la corriente del Kuro-Shivo, a lo largo del paralelo 42°, ruta a seguir desde 1566 por la llamada alternativamente Nao de Acapulco o El Galeón de Manila. El establecimiento de tal ruta se lograría tras largos años de navegación por el Pacífico, tanto del norte como del sur, surcado en una u otra dirección por diversos nautas españoles con pérdida de tripulaciones y de naves y que a la larga, desde las frustradas expediciones de Andrés Niño y de Frey García Jofre de Loaysa (1525-1530), contribuyeron con sus tristes naufragios a la forja de distintas consejas con más o menos base (entre las que quizá podría traerse aquí a colación la urdida hace más de diez años por el australiano Robert Langdon, en torno a una presunta tripulación superviviente tras el naufragio del barco San Lesmes que quizá pudo establecerse en las Tuamotu, contribuyendo con sus aportes técnicos a tardías expresiones de la llamada civilización polinésica descrita por diversos navegantes europeos protagonistas de expediciones al Pacífico durante el siglo xviii). Consejas que, por otra parte, terminarían por ver en el Pacífico —sin que nunca lo hubiera sido algo así como un crisol de etnias—, e incluso —¿por qué no?— la suma oceánica de otro continente perdido de civilización pareja a la del legendario Atlantis de Platón. Continente que a partir de la fantástica elaboración de James Churchward (1850-1936), autor de *El continente perdido de Mu*, habrá de convertirse en algo que *realmente existió* para mitómanos y oceanistas fantaseadores, e incluso nutre la “sabiduría” de credos e idearios masónicos, teosóficos y exotéricos contemporáneos. Todo un

mundo de lucubraciones que a la vez alimentarán consejas como aquellas que hacen del Pacífico “carrefour” de diversas corrientes étnicas en el alba de la Historia, dificultando con las mismas y con la exaltación de la contracultura el conocimiento de la realidad arqueológica que en el último medio siglo conocerá otras distorsiones consecuencia del hiperdifusionismo que defendido a ultranza por Thor Heyerdahl y otros “astros” de segunda fila para quienes el poblamiento antiguo de América se vincula al de Polinesia.

### *La utopía del Pacífico*

En el transcurso del siglo XVI, en plena expansión oceánica del mundo ibérico, que llevó a unos nautas hacia el Pacífico tras el descubrimiento del Estrecho de Magallanes, y otros —los protagonistas de *Os Louisiadas*— a navegar por el Indico hacia el Sol Naciente preocupados por el monopolio de la especiería, muy pocos humanistas parecieron preocuparse por problemas de génesis, de culturas y de civilizaciones. Quedó, no obstante, establecido que en algún lugar del Océano, más allá del sudeste asiático y con independencia o no de la existencia de la *Terra Australis Incognita* en alguna parte de aquel mundo podían muy bien localizarse las casi legendarias ínsulas en las que se aprovisionaban o surtían “las naves del Rey Salomón”. Idea ésta barajada una y otra vez, por más de un tratadista a la hora de establecer un fructífero tráfico entre China, las Filipinas y Acapulco, a través de la llamada “ruta del Levante” tras considerar el extraño vacío que parecía mantenerse en torno a nuevas tierras e islarios por descubrir al sur de la línea ecuatorial.

En virtud de tales constataciones proyectaría desde el Perú una nueva expedición el joven Alvaro de Mendaña y Neira (1542-1595), un tanto influido por el inquieto cosmógrafo Pedro Sarmiento de Gamboa y con el apoyo de su tío don Lope García de Castro, a la sazón Gobernador del Perú, asumiría una expedición de descubrimiento con dos navíos, *Los Reyes* y *Todos los Santos* que partirían de El Callao (Perú) el 19 de noviembre de 1567 llevando entre otros marinos tan avezados y competentes como los pilotos Hernán Gallego y Pedro Fernández de Quirós, este último de nación portuguesa. La expedición planeada minuciosamente pudo llevar a cabo el descubrimiento de varias docenas de islas, hoy integradas en su mayoría en la Polinesia, hasta llegar en febrero de 1568 a a las aguas de un islario al que Mendaña, recordando viejas consejas, bautizó islas de Salomón, a la vez que otras islas que pudo reconocer. Considerando cumplidos los objetivos emprendería acto seguido el regreso, pudiendo llegar tras diversos temporales al puerto de Santiago (Manzanillo, México), desde donde podría continuar al Perú, en el que se haría lenguas de las islas descubiertas, quizá vanguardia de ese Continente Austral que todo el mundo buscaba y con ánimos de emprender una segunda expedición, ya colonizadora. Proyecto que conocerá un sinfín de dilaciones que le retrasan casi un cuarto de siglo, hasta que asumiría el virreinato don García Hurtado de Mendoza, II Marqués de Cañete, quien tras las oportunas Capitulaciones de Mendaña con la Corona, dará toda clase de facilidades al Pacífico Sur. Esta contaría ahora con cuatro barcos y 378 tri-

pulantes, de ellos 280 soldados y varias mujeres, entre las que figuraba la mujer de Mendaña, doña Isabel Barretto, y sus hermanas, varios parientes y allegados del Capitán General.

El 21 de julio de 1595 la flota expedicionaria avistaría un archipiélago que sería bautizado islas Marquesas de Mendoza, en honor al Virrey del Perú y un mes después, a las ya descubiertas islas de Salomón, desde la que los hombres de Mendaña iniciarían diversas exploraciones y en la que el Capitán General decidió fundar la prevista colonia. Pronto, sin embargo, los flamantes colonizadores serían diezmados por una epidemia que costó la vida al propio Alvaro de Mendaña, quien fallecería el 18 de octubre. La expedición, con todos los problemas que venía conociendo, incluido el mal gobierno y diversos abusos, pasaría ahora bajo la autoridad de la viuda de Mendaña, doña Isabel Barretto, quien asumiría con pleno derecho el título de Gobernadora y Adelantada. La historia recogida en varias crónicas, e incluso novelada, es harto conocida. El despotismo de la Barretto y las privaciones daría finalmente al traste con la expedición. Reconocido el fracaso, la Adelantada y los supervivientes abandonan tomando rumbo a Manila, confiándose a Fernández de Quirós, quien tras tocar en Bonape (Carolinias), Guam (Marianas) y otras islas, podrá arribar tres meses después a las Filipinas, portando sana y salva a Manila a doña Isabel Barretto, que el mismo año podría retornar a América (diciembre de 1596).

El fracaso de la expedición colonizadora de Mendaña, pero a la vez la idea de que con una tripulación disciplinada, todo se hubiera desarrollado de forma diferente, culminando con el descubrimiento de la *Terra Australis Incognita*, acabaría convirtiéndose en dramática obsesión para Pedro Fernández de Quirós (1562-1615), quien de regreso a Perú y poseído por la idea de realizar dicho descubrimiento, hará lo increíble por repetir el viaje del infortunado Mendaña y con su descubrimiento cumplir la altísima misión de evangelización y fundación de una colonia que muy bien podría ser el Reino de Dios sobre la Tierra. Henos así nuevamente ante la utopía que elabora Quirós —*Don Quijote del Océano* lo ha llamado Arnold Wood— quizá porque se nos presenta embargado en cierto modo por el que cabría llamar “síndrome de Alonso Quijano” con sus fantasías, sueños, extravagancias y arrojo y que le llevarán, ya en plena madurez, a la última gran expedición hispana por el Pacífico Sur (1605-1606), para la que consiguió el patrocinio por un lado del Pontífice reinante Clemente VIII y por otro, del propio Rey de España, entonces Don Felipe III, quien contagiado por el entusiasmo misionero de Quirós no dudó en extenderle unas Cédulas para el entonces Virrey del Perú, Conde de Monterrey, que lograron el milagro de que en diciembre de 1605 Quirós pudiese contar con una flota de tres naves surtas en el puerto de El Callao. Flota que con rumbo sudeste y con la ilusión de alcanzar el hasta entonces inaferrable Continente Austral, iría recalando en diversas islas de la Polinesia, para acabar fondeando frente a la isla de Santa Cruz, la misma que fue escenario de la muerte de Mendaña. Desde ella, Quirós se llegaría al hoy conocido como archipiélago de las Nuevas Hébridas, fondeando frente a la que bautizaría *Austrialia del Espíritu Santo*, en homenaje a la Casa de Austria. Allí y en la que llamó bahía de San Felipe y Santiago —que aún conserva el

nombre en la hoy isla del Espíritu Santo— Quirós decidió fundar la ciudad de sus sueños que llamaría Nueva Jerusalén, fundación que fue solemnizada por toda una serie de ritos y parafernalia.

No tardaría en desengañarse. El descontento creciente de los flamantes pobladores y los continuos desaciertos de Quirós, terminarían por convertir el sueño en una auténtica pesadilla, por lo que nuestro Don Quijote del Océano optó por despertar y retornar a la civilización partiendo con un barco y dejando en la estacada a sus compañeros de aventura más contestatarios. Perdería así su última oportunidad de descubrir Nueva Zelanda y quizá Australia. Precisamente, tras la partida de Quirós, su almirante Luis Vaez de Torres, emprendiendo otro derrotero de regreso, tendría ocasión de avistar y reconocer la península de York en unas tierras a la sazón ignotas y que formaron parte de la futura Australia y días después arribar frente al sur de la isla de Nueva Guinea, contactando con sus nativos papúas, “gente negra, muy corpulenta y desnuda”, antes de poner rumbo a las Molucas y desde éstas a las Filipinas.

### *Nova Atlantis*

El “síndrome de Alonso Quijano” como las mil patologías que acosan al hombre, que busca escapar en un mundo de fantasía, no abandonaría a Quirós en todo el resto de su existencia. Obsesionado con su frustrada fundación en Austrialia del Espíritu Santo del Nuevo Jerusalén, su mente le lleva desde el misticismo a la insania y Austrialia del Espíritu Santo y su real anexión al Imperio español se convertirá en una idea fija que le mueve a redactar ayudado por su asistente/secretario Luis Belmonte Bermúdez crónicas y memoriales de sus pretendidos descubrimientos que empiezan a difundirse con los inicios del siglo XVII, a la vez que diversas puntualizaciones cartográficas, de las que tomarán buena nota cosmógrafos y especialistas.

Establecido definitivamente en Madrid desde el 1º de noviembre de 1607, tras regresar a la Península, Quirós conocerá siete interminables años de soledad y amargura. Sus innumerables memoriales, al Rey, al Consejo de Indias o al Consejo de Estado, hacen adivinar un tanto el drama que hubo de vivir en un mundo de miserias y privaciones, que no constituyen obstáculo a la hora de ser recibido por los poderosos trascendiendo su fama desde la Corte de Madrid a despachos más allá de los Pirineos, llegando a los Países Bajos (Holanda) e Inglaterra, que empiezan a tomar posiciones ante el ocaso que conocen España y Portugal como baluarte de los Habsburgo.

Por otro lado, el aluvión de Memoriales (se conocen 54) que Quirós remite ya al Virrey del Perú, ya al Consejo de Indias, ya a la misma Corona, como descubridor de las que denomina Regiones Australes, en honor de la Casa de Austria reinante en España e Indias y que hemos podido cotejar merced a los esfuerzos de C. Sainz, el franciscano australiano Celsus Kelly y que han sido recopilados recientemente por el diplomático e historiador chileno Oscar Pinochet de la Barra, fueron en gran parte conocidos por diversas potencias ex-

tranjeras en parte enemigas entonces de los Habsburgo hispanos por lo que buscaría en ellos una ocasión para crear sus propios establecimientos ultramarinos, en detrimento de la Corona española muy reacia a divulgar presuntos descubrimientos en un momento en que apenas contaba con contingentes armados, hombres y barcos para defender sus posiciones, como quedó demostrado al presentarse los holandeses en Temate. Es evidente pues, que Quirós obró quizá precipitadamente dando a la imprenta, no una, sino varias veces, la relación de sus descubrimientos, sin contar con la aquiescencia del Rey y sus Consejos y pregonando la existencia de una *Austrialia* que se carecía de medios para conquistar y al alcance de cualquier potencia europea rival que quisiera hacerla suya. No es de extrañar pues que, ante cierta consulta del Consejo de Indias del 31 de octubre de 1610 se contestase terminantemente: “Dígasele al mismo Quirós que recoja estos papeles y los dé con secreto a los del Consejo de Indias, porque no anden por muchas manos esas cosas”. Medidas que se adoptaron tarde, dado que el memorial quirosino de referencia conoció un éxito inesperado, incomprensible por lo poco que desvelaba, siendo inmediatamente traducido a varias lenguas europeas y haciendo que las imaginaciones se disparasen anhelando “ínsulas” aún sin dueño, parejas quizá a la célebre ínsula de Barataria, de la que se nos habla en la Segunda Parte de *El Quijote*, con cuyo autor quizá tuvo ocasión de departir el propio Quirós en el taller madrileño de Juan de la Cuesta, el mismo impresor de cuyos tórculos salieron algunos de los memoriales quirosinos utilizando incluso los tipos de imprenta, que dejaron constancia de la inmortal obra cervantina. Y es posible incluso que el propio Miguel de Cervantes llegase a parangonar la locura de su don Alonso Quijano con la de este otro hidalgo portugués obsesionado con el Pacífico que anhelando a miles y miles de paganos oceánicos contagiaba a todo aquel que le escuchara.

El “caso Quirós” terminaría cuando la Corona logró trasterrarle al Perú ofreciéndole interesarse en el inmediato apresto de una nueva armada expedicionaria bajo su capitanía y prometiéndole la gobernación de la dichosa *Austrialia*. Con tal ilusión Quirós accedió a dejar España y regresar a las Indias. Allí y apenas llegado a Cartagena de Indias en agosto de 1615 le sorprendió la muerte.

Pero la semilla de sus Memoriales había empezado a difundirse por Europa. En circunstancias no del todo conocidas pudieron ser conleídos nada menos que por Sir Francis Bacon (1561-1626), Canciller de Inglaterra y una de las más privilegiadas mentes del siglo, quien fascinado por los descubrimientos de Mendaña y Quirós, se decidió a situar en el mundo avistado por ambos navegantes su parábola política *Nova Atlantis*, en la que se persiste en el discurso utópico de Moro y Campanella. Ahora, en la Nueva Jerusalén de Quirós, que Bacon identifica con Bensalem, capital de la isla, que Bacon sitúa en el Pacífico Sur conociendo una historia paralela a la de los judíos, aun cuando su privilegiada situación bajo el gobierno de su gran legislador Solamona le permitió imponerse dos mil años atrás sobre toda la Eúcumene, incluyendo la Atlántida de Platón —que, ya se dijo antes, Bacon asimiló al Nuevo Mundo—. Y el pensador inglés tampoco tendrá inconveniente en trasladar a su supuesta *Nova Atlantis* muchas de las ensoñaciones de Quirós, el primer utopista del Pacífico, cuando hacia 1623, apenas

cumplido el decenio de que Quirós pasase a mejor vida, iniciase la redacción de *New Atlantis* que publicaría en 1627, junto con su *Sylva sylvarum*...

Y aquí quisiéramos terminar. Pronto se iniciará una exploración total del Océano Pacífico por holandeses, ingleses y franceses sin temor a la España de los Habsburgo que ha iniciado su decadencia y pronto, muy pronto, enseguida, los Mares del Sur se convertirán en escenario obligado de toda una serie de narraciones exoticistas de gran difusión ya en la Europa del siglo XVIII, hasta que el estallido de la Gran Revolución ponga fin al Ancient Regime. Pero aún pervivirá durante lustros el encanto de las presuntamente paradisíacas islas del Mar del Sur, en las que agotado el tiempo de la utopía podrán servir de marco durante todo el siglo XIX —en el que emerge el más feroz colonialismo— a las creaciones literarias de un H. Melville o de un R. Stevenson, pongamos por caso, pero también al genio artístico incomprendido de un tal Paul Gauguin, nieto de la criolla Flora Tristán.

Aquí quisiera asimismo terminar, expresando la esperanza en que mis oyentes hayan captado los apasionantes interrogantes que plantea mi exposición quizá no tan bien hilvanada como hubiera deseado, a la hora de interpretar a partir de 1492 un mundo que confundió al igual que Don Quijote la realidad con la utopía. Confusión ésta con la que hay que tener cuidado en el umbral de cumplirse 500 años desde aquel fatídico o feliz 1492, pero también el umbral de un nuevo milenismo proclive a ensueños de una mente humana y aventurera.

#### BIBLIOGRAFIA SELECTA

- ARCINIEGAS, G. (1990) *Amerigo y el Nuevo Mundo*, Madrid, Alianza Editorial LB 1456.
- ARMANI, A. (1977) *Ciudad de Dios y Ciudad del Sol. El "Estado" jesuita de los guaraníes (1609-1768)* México F.C.E.
- BACON, F. (1988) *Nueva Atlantida*. Introducción, traducción y notas de Emilio G. Estebález Madrid, Mondadori España S.A.
- BARRETO, L. F. (1989) *Os descobrimentos e a orden do saber. Uma análise sociocultural*, Lisboa, Gradiva.
- BRANDT, D. D. et alii (1967) *The Pacific Bassim. A historical of the geographical exploration*. The American Geographical Society, New York.
- CAMPANELLA, T. (1984) *La Ciudad del Sol* (trad. del italiano). Introducción y notas de Emilio G. Estebález. Madrid, Grupo Editorial Zero Zyx.
- COLOMBO, F. (1930) *Le Storia della vita e dei fatti di Christoforo Colombo*, Ed. R. Caddeo, Milán, Alpes.
- CHURCHWARD, J. (1926) *The Lost Continent of Mu, Motherland of Man*, New York, V. E. Rudge.
- CHURCHWARD, J. (1931) *The children of Mu*, New York, Washburn.
- DA SILVA DIAS, J. S. (1988) *Os descobrimentos e a problematica cultural do século XVI*, Lisboa, Ed. Presenca.

- DELUZ, C. (1988) *Le Livre de Jean de Mandeville. Une "Geographie" au XIV<sup>e</sup> s.*, Louvain-la-Neuve.
- FERNÁNDEZ DE QUIRÓS, P. (1986) *Descubrimiento de las regiones australes* (Ed. y notas de R. Ferrando), Col. "Crónicas de América" 25, Ed. Historia 16, Madrid.
- FERRANDO, R. (1953) "Felipe III y la política española en el Mar del Sur", *Revista de Indias*, Madrid, Instituto Fernández de Oviedo, C.S.I.C.
- GIL, J. (1989 *passim*) *Mitos y utopías del descubrimiento*, Cf. vol. II dedicado particularmente al Pacífico. Madrid, Alianza Editorial 577.
- GOÑZÁLEZ ALCANTUD, J. A. (1989) *El exotismo en las vanguardias artístico-literarias*, Barcelona, Anthropos.
- GOTHEIM, F. (1928) *La Stato cristiano-sociale dei Gesuiti del Paraguay*, Venecia.
- GRAVES, R. (1984) *Las Islas de la Imprudencia* (trad. esp.), Barcelona, Echasa.
- HEYERDAHL, TH. (1950) *Kon-Tiki: Across the Pacific by Raft*, Chicago: Rand McNally.
- HEYERDAHL, TH. (1953) *American Indians in the Pacific: The Theory Behind the Kon-Tiki Expedition*. Chicago: Rand McNally.
- IGLESIA, R. (1944) *El hombre, Colón y otros ensayos*. El Colegio de México, México.
- KELLY, C. (1966) *La Australia del Espíritu Santo* (I-II), The Hakluyt Society, Cambridge Univ. Press.
- LANDIN CARRASCO, A. (1945) *Vida y viaje de Pedro Sarmiento de Gamboa*, Madrid.
- LANDIN CARRASCO, A. (1984) *Islario español del Pacífico*, Ed. Cultura Hispánica, I.C.I.
- LANGDON, R. (1975) *The Lost Caravel*, Sidney, Pacific Publ.
- McKEW PARR, CH. (1955) *So Noble a Captain. The life and voyages of Ferdinan Magellan*, Londres, R. Hale Ltd.
- MEDINA, J. TORIBIO (1920) *El descubrimiento del Océano Pacífico. Hernando de Magallanes y sus compañeros. Documentos*, Santiago de Chile.
- MONCLUS, A. (1988) *El pensamiento utópico contemporáneo*, Barcelona, Círculo de Lectores.
- MORISON, S. E. (1945) *Almirante de la Mar Océana* (trad. esp.), Buenos Aires, Librería Hachette.
- MORO, T. (Sir Thomas More) (1989) *Utopía*. Introducción, traducción y notas de A. Vázquez de Prada. Madrid, Ed. Rialp S.A.
- OBREGÓN, M. (1945) *De los Argonautas a los Astronautas*, Barcelona, Ed. Argos, 1977.
- PÉREZ EMBID, F. (1948) *Los descubrimientos en el Atlántico y la rivalidad castellano-portuguesa hasta el Tratado de Tordesillas*, Sevilla E.E.H.-A.-S.
- PIGAFETTA, A. (1963) *Primer viaje en torno del Globo*, Madrid, Col. Austral, Espasa Calpe.
- PINOCHET DE LA BARRA, OSCAR (editor) (1991) *Memoriales de las Indias Australes de P. Fernández de Quirós*, Crónicas de América 64, Madrid, Historia 16.
- POLO, MARCO (1983) *Viajes* (trad. Juan Barja de Quiroga), Madrid, Akal Bolsillo.
- PRIETO, C. (1975) *El Océano Pacífico: Navegantes españoles en el siglo XVI*, Madrid, Alianza Editorial LB 588.



- ROBIN BAKER, P. (1981) *Human navigation and the sixth sense*, Londres, Hodder & Stoughton.
- SPATE, O. (1979) *The Spanish Lake*, Canberra (Australia).
- VV. AA. (1988) *El Pacífico español. De Magallanes a Malaespina*, Barcelona, Lunwerg.
- VV. AA. (1988) *El impacto del Encuentro entre Dos Mundos* (Coloquio Hom. a M. León Portilla). Universidad de Tel-Aviv (Israel), Madrid, Italgaf S.A.
- VV. AA. (1990) *Actas del I Encuentro Internacional Colombino* (Coord. Consuelo Valera), Madrid, Turner Libros S.A.
- ZARAGOZA, J. (1876 *passim*) *Historia del Descubrimiento de las regiones australes hecho por el General Pedro Fernández de Quirós I-II-III*, Madrid, Imprenta de M. G. Fernández (reeditada en 1991 por J. M. Gómez-Tabanera, bajo el título *El Pacífico Español. La búsqueda del continente austral por Pedro Fernández de Quirós*, Madrid, Istmo. Mundus Novus, 5).

J.M.G.-T.  
Oviedo y Caracas  
Septiembre y Octubre de 1991